

quien don Lucho piensa robar el ganado, y por enamorarse tanto de la voz de seda ocurre el milagro de que cambia el bandido completamente de carácter, hasta dejar su vida fuera de la ley. Lo mejor que se puede decir es que este cambio es algo inverosímil.

En el mencionado prólogo dice Federico More que "José Díez-Canseco no es ni quiere ser literato". Sea así, pero al que produce cualquier forma de lo que se suele llamar literatura, hay que juzgarle como si fuera literato, como si fuera literatura lo que sale de su pluma. Así es que Díez-Canseco no puede (ni debe) escaparse de los juicios críticos que, en algún grado, puedan mejorar sus indudables capacidades. El "género chico" de la prosa es, quizás, la forma literaria más difícil de conquistar, muchísimo más difícil, precisamente por su corto tamaño, que la novela propiamente dicha. Y no obstante su repugnancia hacia el mote de "literato", a Díez-Canseco le falta poco para llegar a veces a tal rango, especialmente en "Don Salustiano Merino, notario", cuento que exhibe el talento del autor al lado de su más grande falta, la de poner añadiduras innecesarias que vician el efecto a que aspira.

Pero aun con tales defectos, que se hallan en otros cuentos suyos también, el escritor muestra poseer aptitud para el cuento, más bien que para la novela corta, a lo menos cuando escribe sobre el zambo de la costa peruana. Más que en los cuentos, su poder se encuentra a sus anchas en los retratos breves de la vida zamba, y estos episodios en sí son mucho más impresionantes que el cuento todo que forman. José Díez-Canseco es, en verdad, un costumbrista que está tratando de hacerse cuentista. Pero es de esperar que se perfeccione en la composición del cuento, mediante los mismos tipos sociales, si no los mismos argumentos que ahora, y que produzca más y más cuentos, porque hasta cuando el tiro se pierda en el aire, como sucede tantas veces en estas historias, se destaca el vigor expresivo del lenguaje y del realismo intensamente vívidos.

LINTON LOMAS BARRET,
Universidad de North Carolina.

Bio-perspectivas, RENATO KEHL.—Livrería Francisco Alves, Río de Janeiro, 1938. 183 pp.

El doctor Renato Kehl, titular de la Academia Nacional de Medicina de Río de Janeiro y presidente de la Comisión Central Brasileña de Eugene-

sia, es uno de los fundadores de esta ciencia en el Brasil y autor de una decena de libros dedicados al estudio y elucidación de los problemas eugénicos y de medicina social. Ahora escribe su último libro para reunir y legarnos como en "testamento espiritual" los conceptos que logró formar sobre la vida humana después de cuarenta años de estudios, de observaciones y de contacto con las realidades y sufrimientos que ella nos acarrea.

Las ideas del doctor Kehl son sólidas, precisas y claras. Dan muestra en su formulación de esa objetividad y despreocupación científica que era de prever tratándose de un biólogo, es decir, de un científico que está acostumbrado a observar y a estudiar los fenómenos de la vida en el laboratorio sin prejuicios de ninguna clase, y que no ve en el hombre más que una de tantas formas de la vida. De ahí el vivo interés con que se lee *Bio-perspectivas*. Es el mismo interés que suscitan varios libros escritos recientemente sobre el mismo tema y desde igual punto de vista, tales como --para no mencionar sino el más discutido de todos ellos-- *Man, the Unknown*, del célebre doctor Alexis Carrel, del Rockefeller Institute for Medical Research, con el cual tiene el del doctor brasileño muchos puntos de conformidad a pesar de grandes diferencias en cuanto a presentación, alcance, etc. Tales libros, por poco lisonjeros que sean para el amor propio del *homo sapiens*, tienen el alto valor de que nos ayudan a libertarnos de los milenarios prejuicios que acompañan tan frecuentemente las especulaciones sobre el hombre, sus problemas y su destino.

Nuestro autor desarrolla sus conceptos en forma de comentarios sobre las principales cuestiones filosóficas, las cuales, clasificadas por orden alfabético, llegan a constituir, como reza el subtítulo del libro, un pequeño "diccionario filosófico". Algunos de los que leímos con más gusto y aprovechamiento fueron los siguientes: *Crença e descrença* (defensa del punto de vista racionalista y spenceriano); *Homo sapiens? Homo stultus?* (observaciones sobre la estupidez de los hombres y la crueldad con que se tratan unos a otros); *Imperativo categórico* (es el del simple y natural precepto que manda: "No hagáis a otros lo que no querríais para vosotros"); *Máquina* (su significado social y biológico); *Mêdo* (me tomo la libertad de traducir las dos siguientes observaciones: 1, "El punto principal de la educación debe consistir en combatir en el hombre el miedo de ser sincero, de ser franco, de ser leal, de luchar en campo libre y a pecho descubierto, el miedo de afrontar las nubes de la imaginación, de vencer la cobardía mística, el terror a los fantasmas de la tradición y el terror a la muerte..."; 2, "Cuando os sintáis dominados por una pasión obsesiva, sea de la naturaleza que fuere, procurad saber cuál es el miedo que os atemoriza, cuál es el miedo

que impera en la subconsciencia, para libertaros de él por el esfuerzo de la voluntad racionada"); *Trabalho* (dignificación del trabajo), etc., etc.

Prologa este libro el distinguido cuentista, crítico, publicista y editor brasileño, Monteiro Lobato.

M. A. ZEITLIN,
Universidad de California,
Los Angeles.

Tomás Morus e a Utopia, IVAN MONTERO DE BARROS LINS.—Río de Janeiro, 1938. 178 pp.

En una época como la presente, en la que se están cometiendo con increíble cinismo las mayores crueldades e injusticias, prestan un servicio inestimable al género humano los que no se cansan de proclamar los ideales de tolerancia, comprensión y fraternidad con cuya realización el hombre ha soñado inmemorablemente. El señor Ivan Lins, como buen discípulo de Augusto Comte, cree en esos ideales y en su libro más reciente no vacila en levantar su voz para declarar su fe en ellos y la confianza que tiene en la evolución de una humanidad que, dejándose algún día guiar por la luz de la razón, logrará ponerlos en práctica.

Sabido es que los positivistas creen que sin una profunda modificación de los sentimientos, ideas y costumbres de la humanidad actual no puede haber ninguna solución permanente de los problemas sociales, y que tal modificación se obtendrá sólo después de una evolución lenta del espíritu humano, para la cual es indispensable una educación sistemática y persistente de las masas. Sin embargo, mientras no se haya producido esa evolución y mientras no exista una disciplina más rigurosa del egoísmo del individuo y una opinión pública fuerte y esclarecida en la colectividad, reconocen la necesidad de remedios interinos, de los cuales los más importantes son la reglamentación social del capital, un salario mínimo correspondiente a las necesidades comunes a todas las familias, la disminución progresiva —a medida que aumente el pacifismo— de todos los gastos militaristas y la consagración de las formidables economías de esta manera realizadas al mejoramiento de la situación del proletariado mediante la construcción de barrios obreros, institución de cursos gratuitos, ediciones populares de libros, asistencia médica, abaratamiento general del costo de la vida por la abolición de los impuestos, que directamente recaen sobre la gran masa de la población, etc., etc.